

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

José Libardo Porras

Cuentos



EDITORIAL EAFIT

JOSÉ LIBARDO PORRAS
CUENTOS



Porras, José Libardo, 1959-

Cuentos: José Libardo Porras / José Libardo Porras. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2019

164 p.; 21 cm. -- (Debajo de las estrellas)

ISBN 978-958-720-589-3

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

P838

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

José Libardo Porras

Cuentos

Colección Debajo de las estrellas
a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: agosto de 2019

© José Libardo Porras

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-589-3

Dirección editorial: Claudia Ivonne Giraldo G.

Edición: Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Yamile con medias moradas*, 1991. Flor María Bouhot
(Bello, Antioquia, 1949)

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

CONTENIDO

José Libardo Porras, un narrador total
Juan Diego Mejía

CUENTOS

Margarita

Ismael

La antena de televisión

El teléfono

El perdón

Bicicleta-dos

Cruce fatal

Un amigo de papá

Acto de amor

El “pero”

La cita

Lavatorio

En la taberna

Elena

Niña mía

El abuelo

John Lennon en el balcón

Fantasma en una piedra

JOSÉ LIBARDO PORRAS, UN NARRADOR TOTAL

En los años ochenta, el maestro Manuel Mejía Vallejo identificó entre los asistentes a su taller de escritores en la Biblioteca Pública Piloto a José Libardo Porras, que entonces era un muchacho alto y callado que escribía cuentos, poemas y decía tener ánimos para meterse a hacer una novela. Mejía Vallejo tenía muy buen ojo. El muchacho empezó a destacarse entre los talleristas y en los concursos de cuentos que se hacían en Colombia en los años ochenta y noventa. En 1996 ganó el Premio Nacional de Cuento de Colcultura con un conjunto de historias sobre la vida de los presos en la cárcel de Bellavista.

En esos momentos José Libardo ya tenía un nombre en la narrativa colombiana. Había publicado *Es tarde en San Bernardo* (1984), un libro de cuentos cuyas historias transcurren en un vecindario de obreros y artesanos en el que todavía existían los *guapos* que desafiaban la noche, y donde se podía sentir el valor de las vidas sencillas, el olor de los graneros, los sonidos de la cotidianidad de la clase media. También había ganado otros concursos y publicado más libros. O sea que el reconocimiento nacional que le daba el premio de Colcultura no lo sorprendió con las manos vacías.

José Libardo también cumplió la promesa de escribir novelas. *Hijos de la nieve* (2000) mostró un estilo de

narración interior que más tarde iba a desarrollar en *Happy birthday, Capo* (2008), una novela que narra el último día de la vida del narcotraficante Pablo Escobar. Otras novelas suyas son el testimonio de la búsqueda de una voz capaz de narrar historias de mujeres sin los sesgos que suelen delatar a los escritores hombres cuando escriben acerca del corazón femenino. *Fuego de amor encendido* (2003) y *Fugitiva* (2009) encarnan esta concepción de la literatura.

Treinta y cinco años después de la aparición de su primer libro de cuentos, José Libardo Porras ha llegado a un punto alto en su obra. Novelas como *Adentro, una hiena* (2015) y *Lucky* (2019) exploran el rostro secreto de la muerte. Ahora José Libardo es un autor total que no ha esquivado ningún tema y no ha dejado de experimentar con la palabra. En este conjunto de narraciones y poemas, escritos a través de más de tres décadas de trabajo paciente y constante, hemos escogido una selección de sus cuentos que merecen estar a la altura de los mejores de nuestro tiempo. Es un honor para la colección Debajo de las estrellas presentar esta antología de cuentos de José Libardo Porras.

Juan Diego Mejía

CUENTOS

MARGARITA

—Margarita, ¿por qué no has lavado la ropa?

Margarita, como si nada, sigue organizando los muebles, los cuales han aprendido a reconocer sus sitios: ella los toca y de inmediato se deslizan por la superficie de baldosa hasta donde les corresponde.

—Margarita, ¡quedó mal barrido!

Margarita persiste en lo suyo. Las palabras de doña Tulia se pierden en el aire. ¡Sí, señora!, ¡No, señora!, es todo cuanto dice Margarita mientras va de un lado a otro con un trapo polvícida.

—¡Margarita! ¡Una crema de coco! -gritamos desde el exterior de la reja de hierro. Al momento vemos a Margarita emerger en lo profundo de la vivienda y acercarse con un platillo y en él la crema que le hemos pedido, y que recibiremos a cambio de una moneda de diez centavos.

Margarita no sale de casa sino para ir a la tienda de don Pablo a comprar lo del diario y para acompañar a la señora a la iglesia o a visitar un vecino enfermo.

—¡Qué hay, Margarita! -la saludamos.

—¡Qué hay, muchachos! -responde.

Nos gusta su voz como de cristal que se rompe.

Pero ella disfruta más quedándose en casa para atender a los compradores de helados, escuchar el capítulo de *Aquí*

resolvemos su caso o leer vidas de santos en los libros que dejó el difunto.

Al comienzo de su viudez, doña Tulia disponía de medios y podía darse vida de reina: tenía criada y convidaba a reuniones para tomar el algo, consistente en tazas de chocolate espumoso con buñuelos, empanadas de carne o parva recién horneada.

Las invitadas admiraban lo eficiente y querida que era Margarita, lo rico que cocinaba Margarita, lo linda que Margarita mantenía la casa. Pero la herencia se agotó y ya no habría más tazas de chocolate con buñuelos, entonces todas las comensales pusieron pies en polvorosa. Margarita, por el contrario, se ofreció a quedarse sin cobrar salario y, aprovechando que estaba en una de las pocas casas donde había nevera, por propia iniciativa empezó a hacer helados para vender y ayudar en los gastos.

Ahora son almas gemelas: una vive sintiéndose patrona, ama y señora; la otra, criada. Y la casa continúa linda y en ella se come rico aunque ya no vayan visitantes encopetadas que se sorprendan de esa nobleza de Margarita, que no requiere ni luces ni estruendos para manifestarse.

De Es tarde en San Bernardo (1984)

ISMAEL

Mi primer impulso fue echar a correr, esfumarme, cuando Pecoso, en tono de secreto, dio el aviso:

—¡Huy! Ahí viene Ismael.

Todos buscamos los ojos de Pecoso y, en efecto, reflejado en sus pupilas, lo vimos venir. Cada cual recogió su trompo y dejamos en suspenso la partida.

—No se vayan, pelaos -dijo el famoso, el temible.

Tal vez por ignorar si se trataba de una orden o de una invitación, ninguno desobedeció. No nos fuimos. No podíamos: nos habían sembrado en la tierra.

Así conocimos a Ismael, aunque ya lo habíamos visto pelear a cuchillo en la esquina del bar Orión.

—Présteme su trompo, pelao -me dijo.

Ismael, el mito, se había dirigido a mí. Desconcertado, imbuido en una amalgama de pavor y orgullo, antes de pensarlo dos veces, se lo entregué. Él lo enrolló, lo lanzó y lo hizo bailar en la palma de la mano; enseguida repitió su número tirándolo bajo la pierna y por sobre el hombro: destrezas que ya dominábamos, sin embargo, ejecutadas por uno cuyo nombre causaba terror, eran una novedad.

Tiró mi trompo así y asá, disfrutaba exhibiéndose, y solo cuando él mismo se aburrió de su show me devolvió lo mío. Enseguida sacó de la chaqueta una baraja.

—Vean y aprendan -dijo y comenzó a mezclar los naipes, a veces despacio, a veces a una velocidad mayor que la de

los ojos. Por momentos nos prestaba el mazo para que ensayáramos la proeza que él acababa de ejecutar, daba instrucciones, corregía. Por último, nos enseñó las reglas del remis: diez cartas para conformar dos ternas y una cuarta, o dos quintas.

Y mientras formaba ternas, cuartas y quintas didácticas iba refiriendo sus peripecias de tahúr en el café Amarillo y otros salones de juego que desconocíamos: no decía “rosa” sin que los rosales de la memoria se llenaran de sangre; no decía “hombre” sin que un niño pudiera enorgullecerse.

Más tarde nos tocó sufrir las recriminaciones de los mayores que, al verlo en círculo con nosotros, no habían podido creer en tanta mansedumbre, pues sabían que su mano, que en fecha de madres cortaba una flor, en tiempo de guerra se hacía de acero y derramaba sangre.

Después, al coincidir con él en la calle, no nos saludaba, quizá ni siquiera nos veía, no obstante en la escuela faroleábamos diciendo que éramos amigos de Ismael, que él nos había enseñado a barajar las cartas y a jugar remis, y eso nos ayudaba a ganar respeto.

San Bernardo era el reino de Ismael y ningún pillo alteraba su orden; él mismo daba ejemplo realizando sus trabajos en los barrios de los ricos: en las noches, como un gato, iba de expedición a Laureles o a El Poblado a buscar “el tesoro de Morgan”, según decía, y regresaba a gastarse el botín en el Amarillo o en el Orión.

Un día, tras bailar la danza más humana y homicida, la danza del hombre y el cuchillo, y salir perdedor, se marchó al país más habitado.

Desde luego, parientes, conocidos, amigos y hasta enemigos lo velaron con todos los honores: con lágrimas, historias y aguardiente, como se velaba a un hombre en San Bernardo.

En algún momento de ensueño deseé ser un Ismael. Cuando una llama se resiste al viento, su nombre tiembla

en mi boca.

De *Es tarde en San Bernardo* (1984)